

Indecisiones e Inconsistencias de don Buhofucio

**EVERES LANDA/
BENJAMÍN GARCÍA**

“Deténgase don Buhofucio”, gritó la liebre mientras palmeaba con sus patas delanteras. Asustado, el noble Búho, saltó del agua hacia el aire, aleteando fuerte para secarse rápido.

–Pero qué intromisión tan abrupta don Liebrejo.

–Ya ve usted don Buhofucio, desde hace varias cosechas ando con la comezón de venir a verlo, no a verlo, a cuestionarle más bien, y pos mire, ya casi llego a bañarlo.

Un poco incómodo, el Búho, quien se había llenado de inquietud, se dispuso a calmarse calmando las inquietudes de su viejo amigo.

–Y ¿qué lo atrasaba amigo mío?

–Pos la pura indecisión, vera usted, a lo mejor porque no soy la liebre que son las otras liebres, pero yo soy lento, lento, con decirle que mis hermanos me dicen lirón.

–¿Y por qué estaba usted indeciso?

–Pues nomás, porque así soy. Para todo. Mire, tardé como cinco años en casarme, pero más tardé en conseguir novia, porque nomás nunca me decidía a hablarle a una liebrequita, ni siquiera crea usted que me ganaba la timidez, me la pasaba piense y piense en sí era la correcta.

–Pero se decidió, como decidió venir aquí, ¿no es cierto?

–Pues sí, pero vea usted, tardé en casarme y ahora tardo en decidirme a romper mi matrimonio, le soy sincero, ya no funciona, pero no me decido, le pienso y le pienso y no sé que hacer, ese es mi problema, la indecisión.

–¡Ay, don Liebrejo!, benditos los indecisos. Cierto es que el arrojito es importante y como reza el dicho: el que no arriesga, no gana, más, ¿no habré de reivindicar a los indecisos? ¿Ha visto usted a los jóvenes en Walden? ¿A esos jóvenes profesionistas sin profesión? A veces uno debe decidir tan rápido que se decide uno sin decidir, nomás se avienta la moneda y a donde caiga, para no dejar de ir. Vea usted eso, la gente va, pero en realidad no va a ningún lado.

–Pues eso sí, don Buhofucio, todo mundo tiene prisa de llegar a la muerte.

–Y mire, la mayoría se decide rápido por una chica, y rápidamente forman familia, porque se descuidan y a cuidar niños. Entiendo que su esposa y usted tengan problemas, pero usted no vive la desesperación del polluelo que sale del cascarón con los huevos ya puestos.

Don Buhofucio le platica a Liebrejo la historia de Luno, el castor que había luchado por la liberación de los castores del mundo.

Aquel aguerrido castor había escrito varios libros y miles de textos sueltos. A menudo dando el consejo de no hacer lo que más se deseaba, es decir, lanzarse a la revuelta, pues les decía: “Aún no es tiempo, hay que esperar”.

–Y la espera amigo Liebrejo, puede ser de años. Que uno decida esperar no significa que la espera no sea una forma de indecisión, lo es, y uno se decide si ve el momento justo. Usted va a terminar separándose de su esposa, no es que yo sea adivino, ni tampoco, que como dice doña Gusana, le eche yo la sal, es que la duda ya

decidió por usted, en realidad está buscando la coyuntura que le permita hacerlo de la mejor manera o con la mayor firmeza, quizá usted espera a enamorarse de otra liebre, o espera el hartazgo de ella. Amigo Liebrejo, el mundo es de los arrojados, y los arrojados son de los astutos, y los astutos, pues son los maestros de la espera.

La liebre mira perpleja a don Buhofucio y le responde:

–Pues sí, don Buhofucio, eso ha de ser para las mentes enormes, pero yo que no soy sino un animal sencillo, de campo, no creo más que ser, como me decía mi padre, un pinche indeciso, pos si no hago nada.

–Eso cree usted querido compañero, mire, dios no hizo el mundo en un día, ¿sabe por qué? Por indeciso, y ya ve, le salió hermoso el mundo, aunque, quizá, si hubiera esperado un poco, no habría hecho nada y no estaría usted aquí en su tan decidida indecisión.

La liebre, perpleja, vio el bosque, en verdad encantador.

–¿Sabe, don Buhofucio, en verdad es bonito el mundo y merece una indecisión. Ahora ya debo regresar a casa, es hora de terminar cierta relación.

Don Buhofucio asaltó el cielo para terminar de secarse y como un presagio sobrevoló el mundo. “Todo esto ha de terminar, bendito dios que es un indeciso y aún no nos decide la hora de la muerte, sino la de gozar”.

Al poco tiempo, contagiado por las actitudes de aquel roedor, se le veía en el bosque sin atinar el vuelo y más bien a tropezones, don Buhofucio, que meditaba una preocupación que se le había hecho constante, y eso era, también, parte de la inquietud, al igual que los círculos que formaba al caminar.

Días antes, el joven Aarón, el tejón, de la séptima floresta con tronco veinte había sucumbido a cierta extraña enfermedad. Su padecimiento, avisó su existencia a través de abultamientos exagerados en todo el cuerpo, repentinos y sin consecuencias predecibles. “Una mente distinta y maligna perpetuó el contundente asesinato”, pensaron los médicos que lo revisaron al no hallar explicación del deceso, ni un coyote chamán que fue de lejos dio con la razón.



Manuel Díaz

Mientras traía y llevaba polen, Amelia, la abeja, miraba que don Buhofucio estaba en honda meditación. En uno de sus viajes interrumpió al volátil:

–Se puede don Buhofucio –preguntó la abeja queriendo entrar al círculo formado por el desatinado búho.

–Doña Amelia, claro que sí. ¿Cómo está? –fue la contestación que dio en medio de un sobresalto.

–Más bien, ¿cómo está usted?, don.

–Preocupado. Eso, perfectamente, porque ocuparme no puedo. La cuestión que me invade, como la enfermedad de Aarón, el tejoncito, me quita el sueño, el hambre.

–Pues qué resulta tan grave.

–La constancia, ¿o más bien inconstancia? Mire, Amelia, yo siempre he sido un inconstante. Por lo mismo, cuando joven, me auguraban mal destino, el fracaso, la soledad. La soledad, quizá; pero ¿el fracaso? Y ahora que lo pienso mejor, cuál destino, si eso viene a ser la consecutiva sucesión de vaticinios y el mío ha resultado una bola de sucesos fortuitos, como a una nube: desgarrada, olvidada, mirada, escampada, renegrida, blanquísima y no se sabe qué le continuará, ni ella misma lo sabrá jamás.

A la abeja se le cansaron las alas zumbantes, y prefirió sentarse a escuchar a su interlocutor quien continuó:

–También recuerdo que decían que me esperaba la muerte más pronto que temprano, por la falta de constancia.

–Y mírese don Buhofucio: rumbo a viejito.

–Justo eso me preocupa. No mi vejez, sino su causa. Permítame explicarme apis mía: el carácter de la víctima se basa en ritmos continuos y repetitivos, digamos costumbres, hábitos, lugares frecuentes, los mismos conocidos, frecuencias. Eso facilita su rastreo, la hace de acercamiento sencillo; frágil, pues como habitual es carente de variación y adaptación.

–Ándele, eso mero pasa.

–Mientras que los predadores tienen menos frecuencias. Su intermitencia es menos predecible, son escurridi-

zos. No se les encuentra con facilidad, resultan de difícil domesticación. Como la enfermedad aquella del tejón.

–Algo así como el humo jugado en el viento, don Buhofucio.– Sacudió una pata en la nariz como para disipar un humo inexistente y frunció el gesto.

–Claro. Pero nadie se salva de la constancia. Unos más que otros, pero nadie se salva. Creo que es parte del cosmos. Luego lo dudo y pienso, en cambio, que es una invención nuestra postrada sobre todo cuanto conocemos.

Nuestro orador hizo una pausa para acicalarse el pecho, limpiar los lentes y suspirar profundamente. Luego, continuó como diciendo para sí:

–Los amores inconstantes, como la luna, han de causar sorpresa, sobresalto: amor. Son fieros, peligrosos, fugaces, entrañables. Así han sido mis amores, Amelia, y créame que los he preferido sobre los de cualquiera, aquellos amores constantes, perennes, estáticos. Todo tiene su riesgo y su costo, yo pago caro, a veces, estas decisiones.

–Oiga, cómo estuvo eso de la luna.

–El sol sale igual todos los días, aparece y se dilata casi casi el mismo tiempo en su carrera. Mas la luna cambia, a veces repleta, otras punzo cortante y en otras su ausencia. Esa impredecibilidad la hace maravillosa, asombrosa y cuando la miro me acuerdo de mis amores como luna.

Levantó la mirada y la clavó en el firmamento del día y parecía que miraba su astro nocturno en pleno. Doña Amelia lo contemplaba callada, frotándose las rodillas y le dijo a su hablante:

–Bueno, don Buhofucio, don Buhofucio, es mejor que me vaya a la colmena, que estas inconstancias no son del agrado ni de la reina ni de cuantos viven en ella.

Y se fue volando rapidísimo, dibujando líneas curvas de color amarillo y negro entre las ramas altas y los pétalos delicados. ■